

tillo, en donde reinan el harapo ostentoso, y el hambre, y la puñalada, y el vicio brutal, como esa miseria blanca que se esconde tras las puertas olvidadas del hombre de la clase media.

Ahora, bajo la trama de predispuesta e indecisa sociología de esta novela, tenemos el fondo, de neto y sencillo relieve, que le da fuerza cien veces más que toda aquella armazón proselitista. Ahí está el drama, en esas dos figuras centrales de la obra, que mueven por sí solas la acción y remueven nuestro interés. En el amor fatal de esa pequeña obrera tísica y virgen, y de Pablo, el héroe lustrabotas. Hay bastante observación—quizá demasiada observación para un escritor tan joven como Nicomedes Guzmán—en esta parte de la novela; especialmente en ese pasaje de la entrega de la niña. Quizá sea adivinación, cualidad innata en el escritor de alta clase.

Fuera de algunos pequeños detalles, como el que el héroe sea irremediablemente lustrabotas, y el que no ayude materialmente y de cualquier manera la salud de la amiga enferma, nada de mayor importancia podríamos objetarle a esta obra. Asimismo, hay tino y mesura en casi todos los demás cuadros y capítulos de la novela, los que se suceden vívidos y naturales.

Cuanto a la forma misma de la novela, nos parece bien comenzada y bien terminada; pero los capítulos adolecen de cierta falta de trabazón y ordenación. Y el lenguaje, aunque algo grosero y recargado de feas expresiones populares, por ser éstas populares, no ofende ni es procaz.

<https://doi.org/10.29393/At170-176GKSA10176>

SALOMÓN: EL CANTAR DE LOS CANTARES, interpretación poemática, de Gonzalo Mera. Editorial Cultura; Santiago

Fuente inagotable de inspiración ha sido y sigue siendo el Cantar de los Cantares. Al margen de la fría o dogmática exé-

gesis analista, escapándose de la nutrida maraña de erudición, su manantial ha colmado y ha avivado de preferencia la sed de los poetas. Grandes poetas en todas las lenguas—Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, en la nuestra—han glosado el poema de amor más perfecto que los siglos hayan escrito, con una delectación mística en la que, tras el velo simbólico del Amor de Dios y de la Esposa, se siente palpar la encendida carne de Salomón y de la Sulamita. ¿Qué amor como este amor?... Más trágicos habrá otros; otros más puros o más tremendos; pero ninguno tan eterno, tan divinamente humano. Sintetizado para siempre lo ha dejado San Juan de la Cruz en estos dos versos, refiriéndose a la presencia de la amada ante las humildes cosas de los campos:

«Con sola su figura
vestidas nos dejó de su hermosura».

Ahora, un nuevo poeta, Gonzalo Mera, nos renueva en estas interpretaciones el sabor que a él le ha dejado en la lengua la miel de Salomón. Bellas y exactas interpretaciones. Mas tenemos nosotros mismos tan pegado al paladar del espíritu el perfume genuino del Cantar de los Cantares, que, así sea de encomiable la versión realizada por Gonzalo Mera, nuestro recuerdo torna de pronto, con toda su fuerza, a gustar la miel en el vaso original. Sólo después volvemos el sentido al sabor de este manjar renovador, y claro, nos parece cosa bella, como dijimos, bella y llena de compenetración y poesía. Tal vez un poco demasiado literal. Nosotros, huyendo antes del sentido exegético de la letra, habíamos interpretado a nuestro gusto algunos versículos del poeta-rey y filósofo. Dice Salomón: «No miréis en que soy morena, porque el sol me miró. Los hijos de mi madre se airaron contra mí: hiciéronme guarda de viñas, y mi viña, que era mía, no guardé». Contra todas las interpretaciones, sugestionados quizá por qué imaginación, y también por

ese «me miró» tan personal que viene después de la palabra «sol», en el contexto de la Biblia, y por la deísta personificación misma que se tenía del Sol en los antiguos pueblos del Oriente, con cuyas religiones se había contaminado la religión de Jehová, entendíamos o queríamos entender el verso, así: «No miréis (o no reparéis) vosotros, que sólo sois hombres, en que yo sea morena, pues el sol, que es más grande y hermoso que vosotros, me ha mirado...» Pero, Gonzalo Mera explica aquí fielmente el sentido de estos versos.

Bueno. A seguida de esta interpretación del Cantar de los Cantares, viene otra, de María Magdalena; del mismo valer y de más libre expresión. El autor se ha compenetrado bien y ha estudiado bien ambos temas trabajados. Conservando él en sus interpretaciones el propio sentido hebreo, no sabemos, sin embargo, qué de espíritu no hebreo encontramos nosotros, en Salomón, por ejemplo; y, sobre todo, en Jesús.

Dos cuentos originales completan el volumen: «La compañera» y «Boceto de Angelina». El primero es el alma sentimental y atormentada de un niño que recuerda a la madre muerta; y el segundo, una estampa, un boceto, como dice el autor, de una adolescente. De más lograda realización nos parece el último. Es el «momento» fisiológico—de mucho acierto—de una virgen que tras complejidades y ocultos desasosiegos, despierta de pronto a una voluptuosa realidad, al contemplarse desnuda y bella, junto a una tina de baño. No nos dice el autor lo que ella descubre en esos momentos, precisamente, ni qué resuelve de todos los enigmas que la acosaban y desgaban; pero nos lo muestran de inmediato los síntomas e impulsos solitarios que agitan a la muchacha, primero; y después, los efectos subsiguientes que ella misma va mostrando con los ojos encandilados, a quienes al pasar a su lado por las calles, la miran y la admiran... Está bien.—GUILLERMO KOENENKAMPF.